

LA PANDEMIA Y YO

I

La pandemia es la llave que abrió la cajita con todas las cosas que prefería ignorar. Una cajita que se abrió y que liberó un enjambre de inquietudes, cosas en las que antes no quería pensar, cosas que guardo desde que soy chica y que ahora se mezclaron. Y se enredaron.

La pandemia es la llave que abrió la cajita que yo tenía bien cerrada y ahora mi cabeza es un enjambre negro, lleno de nudos que no puedo ignorar porque no me dejan pensar con claridad. Y traté de volver a guardarlos, pero la cajita desapareció. La única forma de deshacerme del enjambre es desenredar cada uno de los nudos, uno por uno. Hacerme cargo de todas las preocupaciones, los miedos, las ansiedades, las preguntas que acumulé durante mucho tiempo. Hacerme cargo y resolver todas aquellas cosas que había decidido ignorar durante 16 años.

Y por eso me desencuentro. Perdida dentro de mi cabeza tratando de desenredar los nudos. Pero estoy sola luchando y son muchos. Cuando logro desenredar uno, me encuentro con otro. Son interminables e inacabables.

La pandemia es perderme para volver a encontrarme. Es limpiar, barrer y desempolvar mi mente. Pero pensar en eso no me alivia. Es una tarea ardua, se siente como tratar de escalar una pared interminable o, como en el mito, empujar la piedra hasta la cima para después volver a empezar.

La pelea más difícil de todas es contra uno mismo. Después de todo, ¿Cómo lucha una contra los demonios propios?

II

Una cosa que descubrí con la pandemia es el alma.

No creo en nada superior, ni mucho menos en el alma, algo que no puede comprobarse científicamente, algo que no es objetivo. Pero entonces ¿Qué es lo que siento adentro, cerca del corazón?

Cada vez que pienso en la "vida pasada", el alma grita fuerte. Siento que se desgarrar dentro de mí. Entonces, escucho las risas, las charlas a mitad de la madrugada, el rasgueo del lápiz en el aula, el murmullo constante en los pasillos del colegio. Y huelo, el café que vende el kiosco, las galletitas que siempre lleva mi mejor amiga. Veo los paisajes que visité. Siento el viento en la cara.

Por cada uno de los cinco sentidos se proyectan las sombras de los recuerdos.

Nunca me hubiera imaginado que la añoranza se siente en el alma.

III

El tiempo en la pandemia se vuelve agua, se escurre y corre. Corre tan rápido que me asfixia, no respiro. Intento nadar a su ritmo pero me quedo sin aire, y mientras trato de adaptarme siento que no disfruto, que me pierdo, que estoy perdiendo el tiempo. O que estoy perdiendo contra él. Entonces la pandemia se vuelve un reto. Es saber cuánto tiempo puedo aguantar, cuánto puedo luchar para mantenerme a flote.

La pandemia, para mí, es estar perdida, es un encuentro, un desencuentro y un reencuentro.

Ite Lamarr.